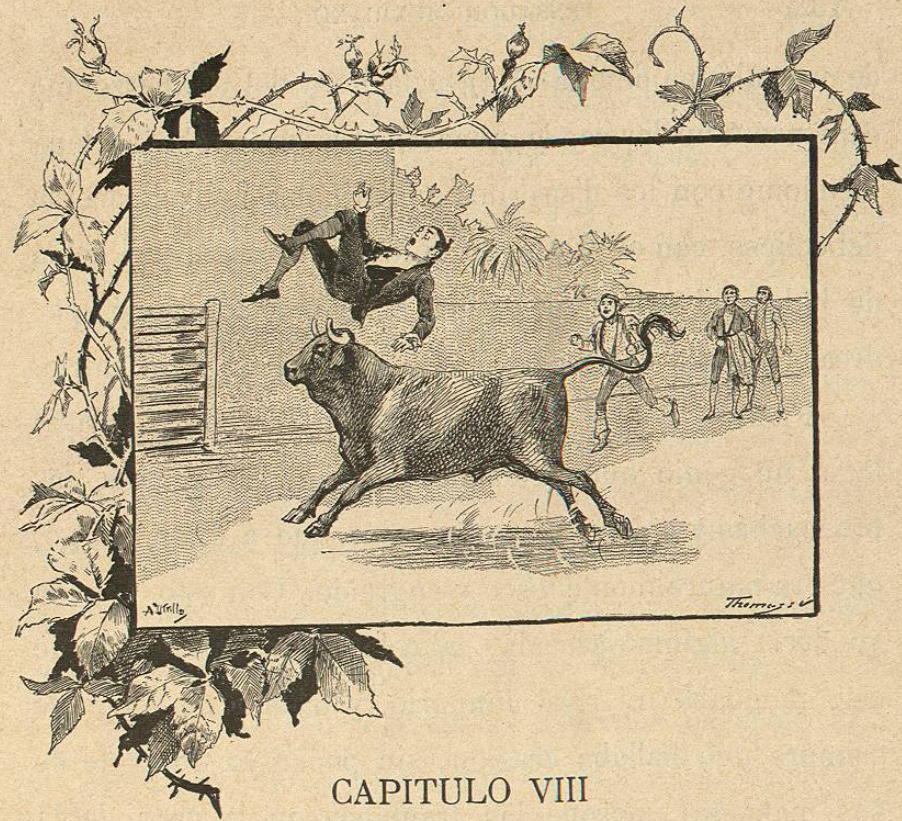


Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allí chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.



CAPITULO VIII

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa

A otro día nos levantamos muy contentos: el señor cura hizo poner su coche y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada

de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le rebatí defendiéndome con los disparates que él había hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debía de haber advertido que es una majadería ponerse á apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenía un genio más prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querían más que á Juan Largo, que era naturalmente tosco y engreído. Con esto, cuando yo decía alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival *Januario*, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocasión, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traición á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y él por otra tenía un genio intrigante, me disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes salíamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen jinete sería yo, que no había montado sino los caballos de alquiler barato de México, animales flacos, trabajados, y de una zoncería y manse-dumbre imponderables. No eran así los de la hacienda, porque casi todos estaban lozanos y eran briosos, motivo bastante para que yo les tuviera hartos miedos; por esto

me ensillaban los de la señora y de la niña, su hija, y todas las tardes, como dije, salíamos á pasear *Januario*, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el menos jinete, ó como dicen, el más colegial; con esto, me hacían mil travesuras en el campo, como colearme los caballos, maneármelos, espantármelos y cuanto podían para que, á pesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacían sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que, aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las hierbas ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé cómo no bastaron á acobardarme. Bien que mis buenos amigos, después que reían á mi costa cuanto querían, me consolaban contándome las caídas que habían llevado para aprender, y añadían:—No te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caída te quebraras una pierna ó se te sumiera una costilla, lo debías tener á mucha dicha, cuando vieras lo que aprovechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen jinete, y tú mismo advertirás que ya no estás tan lerdo como antes: no, ya te tienes más y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda nos has de dar á todos ancas vueltas.

¿Quién creerá que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones? ¿y quién creerá que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacían al caer y los pugidos que me costaba levantarme algunas veces? Mas ¿quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulación se hace tanto lugar en el corazón humano, que nos agrada aun cuando viene dirigida por nuestros propios enemigos?

El picarón de Enero no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podía, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un día domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral; que eran los becerros chicos; que estaban despuntados; que él me enseñaría; que era una cosa muy divertida; que los hombres debían saber de todo, especialmente de cosas de campo; que el tener miedo se quedaba para las mujeres, y qué sé yo qué otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que ví la tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspección en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pie, porque me juzgué más seguro.

A los principios llamaba al becerro á distancia de

diez ó doce varas, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo subiéndome á las trancas del corral; mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repetición de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que á cada momento me gritaban: —¡Arrímese, colegial! ¡arrímate, hombre, no seas collón! ¡anda, Coquita! ¹— y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando más y más á sus testas respetables, hasta que en una de éstas se me puso por detrás de puntillas el señor Juan Largo, y cuando yo quise huir, no pude, porque él me embarazó la carrera haciendo que tropezaba conmigo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro, y levantándose en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote mal de mi grado, y á la distancia de cuatro á cinco varas. Yo quedé todo desguarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo, y yo temía la repetición del lance, pues el becerro aún esperaba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habían reventado los botones y las cintas de los calzones, y así, habiéndoseme bajado á los talones, quedé engrillado, sin poder dar un paso y en la más vergonzosa figura; pero el maldito novillo, aprovechando mi inepti-

¹ Lo mismo que Marica ó Mariquita. E.

tud para correr, repitió sobre mí un segundo golpe; mas con tal furia que á mí me pareció que me habían quebrado las costillas con una de las torres de catedral, y que había volado más allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: subiéronme cubierto con unas *man-gas*, y se acabó la diversión con el susto, creyendo todas las señoras que me había dado algún golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspensión del uso de los sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta,¹ el álcali, ligaduras y otras cosas, volví en mí al cabo de media hora, sin más novedad que un dolorcillo en el hueso *cocix* que no dejaba de molestarme más de lo que yo quería.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una cama, muy abrigado, y llenos todos de sobresalto, preguntándome unos: «¿cómo se siente usted?» otros: «¿qué tiene usted?» y todos: «¿qué le duele?» y en medio de esta concurrencia advertí mis calzones sueltos, por haberse reventado la pretina, y me acordé de las faldas de mi camisa y del lance que

¹ La gente vulgar cree que esta lana y no la blanca es la que tiene virtud de hacer volver en sí al que está privado de sentidos, y á esta vulgaridad alude el autor. E.

me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasión que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caído honestamente como César cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado, contestándoles que no me había hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porción de calahuala, con lo que á otro día estaba enteramente restablecido.

Mi buen amigo Enero en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresía que sabía usar; mas al siguiente día que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas, haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en la posición de mi camisa y en el indecente modo de mi caída.

Como él con sus truhanadas excitaba la risa de las niñas y yo no podía negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba más recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica sólo servía de espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadía más vergüenza y más enojo.

Para serenarme me decía:—No seas tonto, her-